



## **HOMILÍA DEL SR. OBISPO DE OSMA-SORIA MONS. GERARDO MELGAR VICIOSA**

---

### **Homilía en la Santa Misa de la festividad de San Juan de Ávila S. I. Concatedral de San Pedro Apóstol – Soria (10 de mayo de 2011)**

Queridos sacerdotes que celebráis este año vuestras bodas sacerdotales de diamante, oro y plata;  
queridos familiares que habéis querido acompañar a los vuestros en este día tan especial;  
mis queridos hermanos del presbiterio diocesano;  
hermanos todos en el Señor:

Como cada año, nos congrega en esta celebración un doble motivo: por una parte, hemos venido a la Mesa del Señor para honrar, admirar y tomar ejemplo de San Juan de Ávila, patrono del clero secular, en su festividad; por otra, queremos unirnos a la alegría, a la acción de gracias y a la plegaria de y por estos hermanos sacerdotes que celebran sus bodas sacerdotales.

Hermanos, la fiesta de San Juan de Ávila es una ocasión propicia para dar gracias a Dios por el don del sacerdocio y del ministerio pastoral en la Iglesia. Sabemos que en los santos descubrimos - siempre que nos acercamos a sus personas y a su manera de vivir- unas actitudes fundamentales para nosotros que podemos y debemos imitar. Por ejemplo, en nuestro santo patrón, Juan de Ávila, destaca como nota predominante en su vida interior -nota común, evidentemente, a todos los santos- la profunda y sincera inserción en Cristo.

En efecto, su vida, su ministerio y su espiritualidad sacerdotal tuvieron como centro a Cristo. San Juan de Ávila refleja en su vida, en su ministerio, en su doctrina y en su persona un enraizamiento pleno, una inserción total en el Señor. Él es un ejemplo fehaciente de configuración con el Buen Pastor; de Él nutría su amor por las almas; Él era la razón de sus prolongadas vigiliadas de oración y de su incansable apostolado.

Nosotros, queridos hermanos sacerdotes, debemos identificarnos con Cristo Sacerdote, Profeta y Pastor en forma tal que -por su medio- todo el pueblo de Dios que nos ha sido confiado viva sacerdotalmente, dé testimonio profético de Cristo y alcance la libertad propia de la gracia que le rescata de las esclavitudes de este mundo.

El sacerdote es, en efecto, alguien a quien Dios ha llamado para que hable en nombre de Cristo y ejerza el magisterio que sólo a Cristo ha entregado el Padre, de tal manera que el sacerdote no ejerce su propio magisterio sino que éste es presencia y prolongación en el tiempo del único magisterio del Salvador. De aquí se deriva que el sacerdote está llamado a estar plenamente configurado en Cristo y con Cristo, configuración que habrá de conseguir por medio del ejercicio del ministerio que desempeña.

No es necesario, hermanos, que el sacerdote diocesano busque fuentes de santificación y configuración con el Señor al margen de su ministerio pues se santifica ejerciéndolo y alimentando su espiritualidad de las acciones sacerdotales, especialmente de la meditación y el estudio de la Palabra divina que proclama, y de la celebración de la Eucaristía, Cumbre del ministerio sacerdotal y Fuente de donde dimana la caridad pastoral que va configurando la vida del sacerdote con el Buen Pastor.

De lo dicho se colige que la misión no es un elemento extrínseco o yuxtapuesto a la consagración sino que constituye su finalidad intrínseca y vital. *“La consagración es para la misión y así no sólo la consagración sino también la misión están bajo el signo del Espíritu, bajo el influjo santificador”* dirá Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica post-sinodal *“Pastores dabo vobis”* (PDV 24)

Sí, queridos hermanos, la santidad del sacerdote brota -como se ha dicho- de las acciones sacerdotales: del anuncio de la Palabra divina y la celebración de los Sagrados Misterios. La Eucaristía es la gran experiencia cotidiana de la entrega sacerdotal de Cristo para la salvación del mundo y el mejor “espejo” para lograr la identificación con Él, que se entrega por amor al Padre y a los hombres. Al mismo tiempo, en la Eucaristía el sacerdote ha de encontrar el Misterio sacramental de la entrega sacrificial de Cristo, clave del ministerio recibido y fundamento de la caridad pastoral.

Esta configuración con Cristo a través del ejercicio del ministerio sacerdotal que hemos comentado sucintamente es la clave y la fuente, como lo fue en San Juan de Ávila, de donde debe brotar y en la que tenemos que nutrir el amor y el celo por las almas, y debe ser la razón de nuestra vida de oración y de nuestro incansable apostolado.

Desde la centralidad de Cristo en la vida y misión del sacerdote es fácil comprender que nuestra condición no es la de ser señores y jefes sino la de ser servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios (cfr. 1 Co 4, 1) Eso fue San Juan de Ávila y eso debemos ser también nosotros; aún más, no sólo serlo sino que -como dice San Pablo- que los demás lo vean: *“que la gente vea en vosotros sólo servidores (...) y administradores (...)”* (1 Co 4, 1)

Esto supone, evidentemente, estar siempre al servicio de la Iglesia, de la Diócesis como lo hizo siempre Juan de Ávila, que -lo recordaréis- en un momento concreto cambió sus propios planes de ir a América porque se le pedía quedarse al servicio de la evangelización de Andalucía.

Además, hermanos, como consecuencia lógica de nuestra condición de servidores de Cristo y administradores de los Misterios de Dios nace la fidelidad a la misión recibida, la cualidad más importante de un servidor, pues a un servidor lo que se le pide es que sea fiel (cfr. 1 Co 4, 2), fiel a lo que el Señor le exige en cada momento para responderle generosamente, sí, fidelidad a sus compromisos y fidelidad a la Iglesia.

Y, finalmente, diremos que otra consecuencia lógica de nuestra condición de servidores debe ser el celo apostólico, ese celo que quemaba las entrañas de San Pablo y que abrasaba el corazón de San Juan de Ávila, que no vivió para otra cosa más que para la evangelización, para entregarse a la misión que había recibido del Señor de ser el apóstol de Andalucía. Su afán, como dice el himno a nuestro santo patrón que cantaremos al final de esta Santa Misa, residía en predicar a Cristo; y su gran amor no eran sino la Iglesia y las almas. Este afán y este amor le han convertido en el modelo de evangelizador para el clero español.

Pero contemplar el celo apostólico de San Juan de Ávila debe llevarnos a nosotros a revisar nuestro corazón y “ver” en qué niveles están nuestro fervor, nuestro celo apostólico y nuestra esperanza en la tarea encomendada. Seguro que todos necesitamos recobrar aquel fervor primero que en algunos momentos de nuestra vida puede experimentar algunos altibajos a causa de nuestra debilidad tras años de ministerio o tal vez, incluso, después de haber dedicado a él la totalidad de nuestra vida (pues hasta el último momento el sacerdote está llamado a ser siempre el canal de la salvación para los demás recuperando, en nombre de Cristo, de la perdición a muchos hermanos, sosteniendo a otros y auxiliando a todos) Sí, queridos, jamás olvidemos que por medio del sacerdocio ministerial es Cristo quien confirma en la fe a los hombres, nuestros hermanos, y los estimula espiritualmente para mantenerse fieles a Él afrontando con coraje el anuncio y el testimonio del Evangelio ante el mundo.

Vamos a encomendarnos unos a otros al Señor -por la intercesión de San Juan de Ávila- para que, como él, seamos capaces de estar bien enraizados en Cristo para dar frutos evangelizadores; para que seamos auténticos servidores, fieles a la misión que se nos ha confiado, tratando de realizarla con verdadero entusiasmo y con verdadero celo pastoral, con auténtica esperanza y creyendo plenamente en el gran tesoro que llevamos entre manos (cfr. 2 Co 4, 7)

Pero hoy, junto a nuestra oración de petición al Señor por nosotros, encontramos también un motivo especial de acción de gracias a Cristo: el don del sacerdocio y del ministerio pastoral en la Iglesia de estos hermanos nuestros que en este año cumplen sus cincuenta o veinticinco años de ordenación o todavía más, sus bodas de platino al celebrar sus setenta años como sacerdotes, uniendo este año a los que celebran sesenta y cuatro, sesenta y uno o sesenta años de vida sacerdotal. Nos unimos a su gratitud al Dador de toda gracia por el sacerdocio, por su fidelidad y por su trabajo pastoral.

Sí, gratitud y agradecimiento -en primer lugar- a Dios. Una lectura creyente de la vida de cada sacerdote nos hace ser conscientes de que Dios ha estado siempre presente en nuestra vida; Dios ha sido siempre el Compañero, el Amigo infatigable que se ha puesto para siempre a nuestro lado en todos los momentos de la existencia, tanto en los que nos hacían sonreír como cuando el ministerio y la tarea pastoral se nos hacían más “cuesta arriba”. Por eso, gratitud a Dios porque somos conscientes de que nuestra historia personal y sacerdotal ha sido una constante historia de amor, desde la elección y la llamada divinas, pasando por nuestra respuesta positiva a su llamada así como en los demás instantes de la vida.

No podemos olvidar que nosotros, sacerdotes, seres humanos, experimentamos nuestra pequeñez frente a la llamada de Dios, frente a la sublime misión que se nos encomendó; pero confiando en la gracia y apoyados en ella -y no en nuestras propias fuerzas- pronunciamos temblorosos nuestro *“aquí estoy, mándame”* sabiendo que en todo momento contaríamos con la fuerza del Espíritu que nos ungió, siendo Éste nuestra ayuda, nuestro aliento y nuestra fuerza en la debilidad para responder con generosidad en la entrega a Dios y a los hermanos.

Y junto a la gratitud a Dios, gratitud y agradecimiento a los demás. A través de la vida son muchas las personas que Dios pone en el camino de cada sacerdote. Ellas son, tantas veces, estímulo, apoyo y ejemplo para la entrega presbiteral; entre éstas, los primeros, los nuestros, nuestra familia, que ha estado siempre a nuestro lado y nos ha alentado y nos ha animado, y ha sufrido y gozado con nosotros. Y junto a nuestra familia, además, todos hemos encontrado tantos sacerdotes cuya vida ejemplar nos ha servido de espejo para mirarnos.

Queridos todos: esta celebración anual quiere ser expresión de la gratitud y agradecimiento por parte de todo el presbiterio diocesano, y de toda la Diócesis, a vosotros, sacerdotes que celebráis las bodas de diamante, oro y plata por vuestra fidelidad. Sabedlo, sois un estímulo para todos los demás sacerdotes a seguir siendo fieles en la vida y misión, y una llamada para aquellos jóvenes que puedan sentir en su corazón la voz de Dios pero que sienten miedo ante esta sociedad en la que los valores del Evangelio “cotizan a la baja”. Vuestra vida, fidelidad y entrega como sacerdotes son la afirmación y proclamación clara de que ser sacerdote merece la pena y que es posible mantenerse fieles y ser felices a pesar de las dificultades. Que Dios os siga ayudando y acompañando siempre y que el Buen Pastor, nos conduzca a todos, sacerdotes y fieles, hasta la Vida eterna. Amén.

✠ Mons. Gerardo Melgar Viciosa  
Obispo de Osma-Soria